

Eugenio Pereira Salas

El problema de la división de la historia en períodos

La voz Edad Media es una incorporación reciente en la terminología histórica. En Francia sólo se adoptó oficialmente en los textos de estudio en 1836. Esta expresión implica un problema, el de la división de la historia en períodos (Periodisierungen) y esta es una cuestión que ocupa preferentemente la atención de los histo-

riadores y filósofos de nuestros días. ¿Qué significa un período histórico? Un juicio sobre un lapso de tiempo, sobre sus fuerzas, sus actividades, cuyo conocimiento sirve de base a un juicio de valor. Señala así un punto álgido en un desarrollo y al mismo tiempo es una síntesis de todo lo que puede considerarse de importancia en dicho período. La división de la historia en períodos remonta a los tiempos más remotos. Haremos una rápida reseña de las tentativas para dividir el curso de la historia universal.

Las primeras divisiones fueron basadas en los metales. Hesíodo, poeta anterior a Homero, distingue cinco edades: oro, plata, bronce, héroes y hierro. Esta división fué general entre los pueblos de la antigüedad. Zaratustra entre los persas comparaba la historia a un árbol con cuatro ramas de distintos metales. Daniel en su famosa interpretación del sueño de Nabucodonosor, la compara a una estatua fabulosa hecha con distintos metales.

A los metales sucedieron las edades del mundo. Los persas conocen como duración del mundo cuatro estadios de doce mil años, después de los cuales vendrá la destrucción del planeta, que Daniel, en la Biblia, asimila a una sucesión de cuatro reinos. Estas divisiones muestran la costumbre de relacionar los hechos con algo trascendental y así como hoy hablamos de potencias, corrientes, ideas o tendencias, en esa época se relacionaba todo con la religión. Al mismo tiempo la cultura antigua no concibió divisiones de carácter universal: eran historias particulares. Sólo con el cristianismo nace la idea de humanidad con referencia a un desarrollo orgánico del mundo válido para todos los habitantes del planeta. Como se comprende, estas divisiones no eran estrictamente históricas. El humanismo bajo la influencia de la antigüedad comienza a valorizar de manera diversa el desarrollo de la historia. A lo antiguo que representaba la perfección se opone el tiempo de la obscuridad, de ignorancia, de barbarie. Se pensaba que entre ellos y los antiguos había una época de menos valor, gótica.

En el siglo XVII esta idea fué condensada por Cristóbal Cellarius. En su libro *Historia Tripartita Meddi Evi*, la voz toma carta de ciudadanía. Este espíritu didáctico dió origen a la división generalmente aceptada de Edad Antigua, Edad Media y Edad Moderna.

En nuestros días se ha reaccionado contra este criterio y se ha tratado de basar las divisiones en concepciones filosóficas, no en meras aproximaciones cronológicas. Lamprech defendió la teoría de los diáposones, es decir, que la historia de cada pueblo es una serie de períodos típicos cada uno de los cuales está marcado por un carácter psíquico colectivo que se expresa en todos los aspectos de

su vida. Breysig aceptó la terminología tradicional, pero según él, estos períodos son estadios independientes que cada pueblo tiene que recorrer. De esta manera los griegos tienen una edad Moderna (400-30 A. C.). Los romanos (133 A. C. - 476 D. C.). Los germanos la viven desde 1789.

Hay así un cierto paralelismo de desarrollo en todos los pueblos del mundo. El más radical de los impugnadores de la teoría tradicional es Osváldo Spengler que la ha bautizado con el nombre de sistema ptolomaico de la historia. La Europa occidental es el polo inmóvil alrededor del cual giran enormes culturas. En esta perspectiva falsa vemos a una China en miniatura frente a grandes figuras occidentales. El error inicial es creer que la historia es una inmensa ténia que va sumando anillos según el transcurso del tiempo. Para determinar cuál de los anillos es el más importante se recurre, sea a la madurez intelectual, a la humanidad, a la felicidad del mayor número, a la concepción científica del mundo, etc. Este criterio es, para él, absurdo por cuanto en esas épocas se fijaron distintos ideales a los nuestros. En cambio Spengler considera el desarrollo no como una línea recta, sino como la evolución de nueve culturas fundamentales cada una de las cuales debe pasar o ha pasado por las mismas etapas biológicas: germinación, madurez, agotamiento y muerte. La historia es así el maravilloso advenimiento y perecimiento de formas culturales orgánicas.

El número de las objeciones acumuladas contra la división de la historia en períodos es bastante numeroso. En primer lugar la evolución histórica es algo continuo, una corriente ininterrumpida en que no se pueden establecer cortes precisos. No existe la unidad de la cultura humana, por lo cual la historia universal es una ficción. En el pasado cada civilización exige una división cronológica particular y para nosotros no hay cultura universal sino en la civilización europea. Sin duda nos referimos a otros países pero en el sentido que ellos ayuden, por contraste, a conocer mejor el nuestro. Tal vez en el futuro se pueda hablar de algo universal debido a la uniformidad creciente de la vida del mundo.

Por último, si examinamos cualquiera etapa de un desarrollo vemos reunidos ahí fenómenos de toda índole, de orden político, económico, intelectual, religioso, etc., cuya evolución respectiva no marcha al mismo paso. ¿Se puede establecer entre ellos sincronismos?, se pregunta Henry See. Spengler lo ha intentado. ¿Cuáles serían entonces las condiciones esenciales de la vida histórica que dan cierta uniformidad a un período? Los románticos hablan del espíritu de los pueblos. Haegel hizo de esto algo metafísico. Pero desde el punto de vista de la cultura ¿tiene algún elemento de

superioridad sobre los otros?; ¿cuál sería el factor más importante? Aquí cada cual daría rienda suelta a sus propias convicciones políticas, religiosas, económicas, etc., y discerniría en la historia una dirección que lo conduciría al punto en que se encuentra el intérprete.

Volviendo a la Edad Media y aplicando lo dicho, sin duda cronológicamente podemos situarla entre 376, 476, 385 y 1453, 1492, 1517 según sea la nacionalidad del autor. Pero ¿cuáles son los factores culminantes que permiten anunciar un nuevo período? ¿es la caída del imperio romano? ¿son las invasiones bárbaras? ¿es la difusión del cristianismo? Hoy día sabemos que las invasiones no fueron catástrofes sino lentas filtraciones, que las instituciones romanas persistieron, que la iglesia se impregnó de cultura romana, etc. Si no podían verse claramente los elementos esenciales del nuevo período, había que hacer, al menos, una unidad interior. Se hizo de este período un símbolo poético en tiempos del romanticismo, de obscurantismo para los racionalistas. El siglo XIX arrojó esta ideología superficial y se hicieron esfuerzos para buscar la unidad interior en el feudalismo, en la religión, en la economía directa, etc. Pero no hay ninguna definición que sea válida para todos los siglos que encierra este período. Sin embargo, esto no ha impedido a los historiadores que la consideren como época típica y se habla así de una Edad Media en la Grecia arcaica, en el Egipto y en el Japón. La palabra es inadecuada. No dice nada sobre lo intrínseco de esa edad. A pesar de todo, basándose en una síntesis se puede individualizar a grandes rasgos, de una manera relativa, subjetiva a estos siglos. Sus ideales, sus métodos de acción y de gobierno y su concepción del mundo difieren profundamente de los nuestros.

BIBLIOGRAFIA

- HEUSSI.—*Antigüedad, Edad Media en la Historia de la Iglesia*, (alemán).
VON BELOW.—*La división de la historia en períodos*, (alemán).
H. SEE.—*Science et philosophie de l'histoire*.
HALECKI.—*La división de la historia en períodos*.
O. SPENGLER.—*La decadencia del Occidente*, (Introducción).